

tuvo mucho más cerca de Esquilo, con quien, a través de Shakespeare y el Dante, se daba la mano, que los serviles mantenedores de las famosas tres unidades. Y hoy se repite la historia.

Esta cosa ligera, alada y sagrada que es a las veces Manuel Machado, resulta un verdadero clásico. Clásico en su sentido más extenso y universal, y clásico en su sentido más restricto y nacional, es decir castizo.

Que algún impulso para ese clasicismo le haya venido de la literatura francesa, es indudable; pero ese impulso cambió al entrar en alma profundamente española. Ciertos de sus cantos leves, vagos, todo matiz y suspiro, nos recuerdan a Verlaine y otros, los descriptivos—Abel, Alvar Fáñez, Felipe IV—a Leconte de Lisle, con cuya precisión pictórica compiten.

* * *

Me da pena de estos cantos del alma de Machado arrojados así a la estúpida indiferencia de los bárbaros. "¡Bah, modernisterías!" y encogiéndose de hombros los dejarán pasar. Si fuesen siquiera aquellas tan sonoras como huera—cuanto más huera más sonoras—arenas que tanto gusto daban a nuestros padres, los del morrión, o aquellas ridículas dudas teatrales de Núñez de Arce o las artificiosas e hipócritas sentimentalidades de Balart o... No quiero que se diga de mí lo que de casi todo español puede decirse cuando a otro alaba y es: "¿contra qué tercero va ese elogio?" Prefiero que se diga que al defender y ensalzar a Machado me defiende y me ensalza a mí mismo, mayormente ahora en que acabo de lanzar también a los bárbaros mi tomo de **Poesías**.

* * *

Y ahora quiero acabar con una... **catedraticada**.

Soy catedrático, explico además de lengua y literatura griegas, gramática comparada del latín y castellano—la tengo por acumulación—y no puedo ni quiero ni debo desprenderme de esto. ¿Que el oficio me ha dado algo de dómine? ¡Y qué le he de hacer! No voy a renegar de él. Actuaré, pues, de dómine.

Machado ha caído unas pocas veces—tres o cuatro—en una innovación técnica que se han traído unos cuantos versificadores y que es un disparate, un atentado a la prosodia castellana. Denuncia que se hacen los versos a dedo y no a oído. Vamos a cuentas. La Real Academia Española entre los muchos desatinos que suelta en su gramática es uno el de decir que en castellano todas las palabras tienen acento y que todos los monosílabos son agudos. Merecían los académicos que dejaron pasar eso que les pinchasen el tímpano. Para lo que les sirve...

Pues no, en castellano hay palabras átonas, sin acento, unas porque se unen, al pronunciarlas, con la precedente, y las llamamos enclíticas como: **ven-te, da-me, siénta-te**, etc., en que los pronombres sufijados son enclíticos, y otras que se apoyan al pronunciarlas, en la palabra siguiente, y las llamamos proclíticas. Estas son el artículo—**el vino** se pronuncia como una sola palabra trisílaba llana, y **él vino** como dos, con dos acentos—las preposiciones y algunas conjunciones.

De donde resulta que no puede rimarse

Pierrot y Arlequín
mirándose sin
rencores

no violentando la prosodia castella-

Lea LA LINTERNA, revista ilustrada de crítica social

Es una publicación semanal ilustrada de jovialidades y crítica social. Colaboran conocidos escritores. Tiraje 4.000 ejemplares. Si quiere pasar un rato feliz no deje de comprarla todos los viernes. Precio: **10 céntimos** el número.